

ESPIDO FREIRE

# EL CHICO DE LA FLECHA

UNA AVENTURA EN EMERITA AUGUSTA



ANAYA

*El chico de la flecha*

*Una aventura en Emerita Augusta*

1.ª edición: noviembre 2016

© Del texto: Espido Freire, 2016  
© De las ilustraciones: Álex Fernández Villanueva, 2016  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2016  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

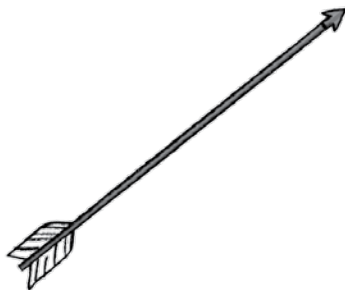
ISBN: 978-84-698-0907-5  
Depósito legal: M-34206-2016  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

ESPIDO FREIRE  
EL CHICO  
DE LA FLECHA

UNA AVENTURA EN EMERITA AUGUSTA



ANAYA



*Mapa de la Península Ibérica en el siglo I d.C.*

## INTRODUCCIÓN

Mi amor por el mundo de la antigua Roma surgió cuando tenía nueve años y estaba segura de que nada podría superar el que sentía por Grecia, su mitología y su cultura. Por casualidad, mi maestra de lo que entonces era 4.º de EGB, sor Mercedes, me puso en las manos varios libros sobre ese tema, y el flechazo fue instantáneo. Yo entonces leía con una pasión que preocupaba un poco a los mayores, menos, precisamente, a aquella maravillosa maestra de mirada dulce y cabellos canos, que me dijo: «Tú lee. No te preocupes por nada más. Todo lo que tengas que aprender está ahí, en los libros».

Después llegó Robert Graves y *Yo, Claudio*, y Henryk Sienkiewicz con *Quo Vadis*, y el resto de novelas, películas y enciclopedias que me permitieron sumergirme en un mundo que había desaparecido hacía muchos siglos, pero que en cierta medida continuaba vivo en las ruinas, los edificios, los monumentos, la lengua, el derecho, la ingeniería... Incluso en el pueblo en el que yo vivía, en Llodio, bastante impermeable a la romanización, se sostenía en pie un puente romano (luego lo dataron mejor y resultó ser románico... una gran decepción para mí).

Cuando pude estudiar latín me entusiasmé con esa lengua muerta: llegué a leerla bastante bien y a traducirla con facili-

dad. Pero no era solo eso: sus comidas, sus costumbres, sus conquistas, la estructura de las casas, todo me despertaba interés y de todo quería saber. Incluso la cara más siniestra (sus emperadores más sangrientos o las guerras) me parecía un aspecto interesante y del que podía aprender.

De manera que era cuestión de tiempo el que acabara escribiendo una historia de romanos, y mejor aún, en Hispania, y durante el siglo que mejor conozco, el I d. C. En cierta medida se lo debía a mis amigas de infancia, que ahora tienen niños ya crecidos, y recordaban aquellas historias que yo les contaba sin tregua y que ellas escuchaban con infinita paciencia, hasta que lograba engancharlas y terminaban diciendo: «¿Y qué pasó entonces? ¡Cuenta más!». Ellas me pedían que las escribiera para sus hijos, y estoy encantada de haberlo hecho.

Hispania fue provincia romana desde el 218 a.C. hasta el siglo V, en que otras invasiones de distintos pueblos ocasionaron la caída del Imperio. Durante esos siglos floreció una cultura y una civilización sin igual, de mentalidad práctica, organizada. Hispania fue primero dividida en dos grandes zonas, la Ulterior y la Citerior, y luego en cuatro: la Bética, la Lusitania, la Tarraconense y la Cartaginense. Las guerras por la conquista del país fueron muy crueles y se prolongaron durante dos siglos, aunque hubo zonas en las que nunca se llevó a cabo realmente la romanización.

El mundo romano presentaba grandes desigualdades, pese a su sofisticación. La primera de ellas era la diferencia entre personas libres y esclavos, que es una de las características que quizás nos resulte más difícil de entender: compraban y vendían a los esclavos, carecían de cualquier derecho que ahora entendemos por básico y hasta decidían sobre el destino de sus hijos; por eso quería hablar, precisamente, de qué signifi-

caba esa diferencia, y cómo la podían vivir unos niños que son, por encima de todo, amigos.

Era posible conseguir la libertad, si el esclavo ahorraba lo suficiente o si el amo decidía darla, pero eso no significaba una igualdad real: incluso dentro de los hombres libres, el padre de familia o *pater familiae* poseía un poder casi ilimitado sobre su clan.

Hasta el reinado de Vespasiano (69-79), los habitantes de Roma gozaban también de privilegios especiales. Este emperador fue quien eliminó una diferencia importante: concedió la ciudadanía romana a quienes vivían en provincias.

También existían enormes distancias entre ser hombre y mujer. Estas eran consideradas inferiores y siempre se encontraban tuteladas por sus familiares. Su destino se encontraba en el matrimonio o, para algunas, muy pocas, en ser sacerdotisas vestales.

Era una sociedad violenta, pese a todo su refinamiento, y a la que le gustaba la violencia. En realidad, les gustaban todo tipo de juegos y apuestas. Los caballos, las peleas, las luchas entre gladiadores, las fieras... formaban parte del día a día de los romanos en Hispania. También el teatro, la música, y las fiestas, tanto privadas como públicas, les gustaban, y siguen siendo referentes de lujo o de esplendor.

No dejan de ser, si analizamos con un poco de atención, antepasados muy cercanos: nos enseñaron tanto elementos buenos como nocivos, plantaron lo que luego sería nuestra identidad, y se fueron... para no irse del todo.

Marco es un niño como muchos, como podríamos encontrar hoy en día: inteligente, sensible, con muchas cualidades y muchos miedos, también. Se encuentra en la edad en la que la vida cambia para siempre, en la que deja atrás el niño sin



responsabilidades y comienza a dar pasos en el camino de los adultos. Su historia y sus preocupaciones podrían ser las de cualquier otro chico contemporáneo, y sus errores, muy parecidos. Tendrá que tomar sus propias decisiones, se equivocará, aprenderá a pedir ayuda, y en definitiva, hará lo que he tenido que hacer yo desde aquel primer libro que leí sobre Roma: crecer.

Y él cumplirá uno de mis sueños: hacerse mayor en Hispania, en la Roma hispana. Os dejo con él.

# PRIMERA PARTE



# 1

Marco se inclinó hasta donde le era posible y colocó la flecha en el arco: respiró hondo y esperó. Entrecerró los ojos y avanzó por la rama del árbol un pie más, hasta el límite de lo sensato: más allá la rama se estrechaba y estaba cubierta de hojitas tiernas, y no soportaría su peso, y si se rompía, caería encima de Aselo, que se encontraba agazapado entre los arbustos, tan oculto que Marco apenas distinguía la túnica parda con la que se vestía.

Se concentró de nuevo en la presa: en el claro, en su campo de tiro, un jabalí hozaba entre las raíces. Desde su puesto, Marco escuchaba cómo buscaba setas o lo que fuera que un jabalí encontrara apetecible en primavera, y sus gruñidos de satisfacción. Era un ejemplar adulto, grande, con unos colmillos que le hicieron sentirse agradecido por encontrarse a considerable distancia sobre el suelo, y no en él, protegido apenas por unas ramas, como su esclavo.

La idea había sido de Aselo, claro, como casi todas.

—¿Cómo se te pueden ocurrir tantas maldades? —se lamentaba a menudo Teseo, el apacible preceptor de la familia, que observaba a Aselo como si fuera un milagro de la naturaleza.

Él se encogía de hombros.

—No lo sé. Es un don.

El don de Aselo le situaba a él y a su joven amo más de una vez en situaciones comprometidas, y les conseguía castigos a menudo, pero la vida sin él hubiera sido un completo aburrimiento. De manera que cuando aquel precioso día de *Iunius*<sup>1</sup>, dejaron su casa para salir a cazar, solo era el principio de una de las trepidantes jornadas en las que sabían cuándo salían y qué pensaban hacer, pero no cuándo regresarían, ni qué pasaría mientras tanto.

Después del largo y duro invierno de la Lusitania<sup>2</sup>, los dos jovencitos estaban impacientes por aprovechar el campo, el sol y el buen tiempo. El día anterior, mientras Marco y su hermana Junia tomaban la lección con Teseo, Aselo había comenzado a hablar por señas con él desde el otro lado del peristilo<sup>3</sup>. El anciano preceptor había fingido no reparar en los gestos, cada vez más exagerados, de los dos, ni en las risitas de Junia, que no podía contenerlas ni aunque se tapara la boca con la mano.

—Muy bien —dijo, cuando al final logró tomarle a Marco la lección de Historia—, doy por finalizada la clase. Y por el ajeteo que adivino detrás de los olivos del peristilo, deduzco que Aselo ha descubierto algo importantísimo, como unos nidos de cigüeña nuevos, que necesariamente tiene que enseñar al amo. De manera que doy por sentado que maña-

---

<sup>1</sup> Junio.

<sup>2</sup> Provincia romana del oeste de la península ibérica. Su territorio ocupaba una gran parte del Portugal actual, al sur del río Duero, Extremadura y la provincia de Salamanca. Su capital era Emerita Augusta.

<sup>3</sup> Un pequeño patio descubierto con columnas que unía la parte pública de la casa con la parte más privada.

na me encontraré solo aquí, con la joven Junia, y no me quejaré de mi amarga suerte ni del desprecio que mi discípulo siente por el conocimiento, sino que esperaré con paciencia a que regrese para la hora nona<sup>4</sup> antes de llorar su ausencia. Pero ¡ay de él si no está de regreso cuando pierda esa paciencia! Porque entonces le contaré a Cornelio que no he visto al amo durante toda la mañana, y quién sabe qué puede ocurrir.

Marco se rio y recogió sus útiles de escritura, el estilo<sup>5</sup> y la tablilla cubierta de cera.

—Eres el mejor preceptor de toda Emerita Augusta<sup>6</sup>, Teseo, y posiblemente también del mundo entero.

—Posiblemente —admitió él.

—¿Quieres acompañarnos, maestro?

—No, ya estoy mayor, y hoy me duelen las rodillas. Quién sabe qué me dolerá mañana. Confío en tu buen criterio, amo, en que obedecerás este flojo límite que te impongo, y que sabrás mantenerte lejos de todo peligro.

—¿Y yo? —dijo Junia—. ¿No puedo ir?

—Tú no quieres venir con nosotros. Lo dices solo por llamar la atención y por conseguir algo a cambio.

Junia hizo uno de sus mohínes encantadores de enfado, que a Marco le sacaban de quicio. Su hermana tenía ya diez años, pero continuaba comportándose como un bebé, y, a lo que parecía, tenía a todos engañados menos a él, porque la

---

<sup>4</sup> Las tres de la tarde.

<sup>5</sup> Punzón con el cual se escribía sobre las tablillas enceradas.

<sup>6</sup> Antigua ciudad romana fundada en el año 25 a.C. por orden de Augusto para servir de retiro a los soldados veteranos (eméritos) de las legiones V Alaudea y X Gemina. Fue la capital de Lusitania y hoy la conocemos como Mérida.

consentían y mimaban como si apenas fuera capaz de dar un paso por sí misma.

—Claro que sí, mi emperatriz —dijo Teseo—. Haremos algo que te divierta, ya que nos dejan solos.

Marco puso los ojos en blanco ante la expresión de triunfo de su hermana, y aprovechó para tirarle del pelo cuando pasó junto a ella para reunirse con Aselo.

—¡Ayyyyyyyyy, Teseo me ha hecho daño!

—¡Una matrona romana no se queja nunca! —gritó Marco y le hizo burla desde lejos. Uno de sus perros, Leo, se levantó del mosaico donde aguardaba, aburrido, y comenzó a saltar a su alrededor. Los otros dos se le unieron y comenzó la fiesta.

—¿Qué te ha dicho Teseo? —preguntó el esclavo.

—Nada. ¡Chist! —le indicó a los perros, que aullaban, felices, mientras competían por perseguirse—. ¡No oigo ni mis pensamientos! Tenemos que estar de regreso a la hora nona.

—Intentaremos darnos prisa —prometió Aselo—, porque mi plan nos lleva fuera de la ciudad. Han visto ciervos en el bosquecillo de la colina de camino a Metellinum<sup>7</sup>. ¿Sabes cuál te digo?

A Marco se le aceleró el corazón. Sabía qué significaba aquello. Desde hacía casi un mes ardían en deseos de probar las nuevas flechas que su padrino le había enviado desde Corduba<sup>8</sup>, unas auténticas saetas de adulto, con puntas metálicas,

---

<sup>7</sup> Actual Medellín, en la provincia de Badajoz, fue fundada como campamento militar en el 79 o 78 a.C.

<sup>8</sup> Capital de la provincia Bética de la Hispania romana, fue fundada por el general Claudio Marcelo entre los años 169 y 152 a.C. Augusto le concedió el estatus de «colonia patricia», el más alto rango para una ciudad del Imperio romano. Sobre ella se levanta la actual Córdoba.

adecuadas para la caza de piezas mayores que los conejos o los pájaros que hasta entonces conseguían. Pero, o bien por la lluvia, o por el exceso de estudios o por falta de oportunidad, no lo habían logrado.

«La espera siempre obtiene su recompensa», pensó, cuando amaneció un día claro y luminoso. Con esos primeros rayos de sol, Asele le había despertado. Cogieron los arcos y las flechas y se deslizaron sin ruido por la casa; escamotearon dos panes bastante hermosos de la cocina y un trozo de queso grande, que sin duda sería echado en falta; pero ya se preocuparían de eso más tarde. Asele cogió a Burro, su pequeño burro gris, y Marco, a su mula Caballo. Las mulas de la casa eran cruces de yegua y de burro, y por lo general, adoptaban un aspecto intermedio, pero Caballo había decidido que se avergonzaba de sus familiares burros, y era lo más parecido a su madre que se podría encontrar, alta, estilizada, de patas finas y orejas cortas.

Lo de llamar Caballo a una mula era cosa de Junia, que cuando era pequeña señalaba todo con el dedo y soltaba con su media lengua la primera palabra que hubiera aprendido. A Marco lo habían llamado *Aco* hasta que cuando cumplió los diez años suplicó que, por favor, usaran su nombre completo, o sería Aco Claudio Albius por el resto de su vida.

Como todos, esclavos y libertos<sup>9</sup>, consideraban que cuando Junia hacía eso era adorable, la casa Albius se encontraba plagada de nombres mal asignados, de apodos raros y, en general, de rarezas en las que la familia solo reparaba cuando recibían a algún huésped, que se sorprendía de que un chico de doce años como Marco tuviera ya un caballo propio.

---

<sup>9</sup> Esclavo al que se le ha concedido la libertad o «manumisión».

—No, es una mula —le explicaban.

—Ah. Creía haber oído caballo.

—Sí. Es que es Caballo.

—¿La mula?

—Sí, la mula Caballo.

Caballo, eso sí, era terca como una mula, pero aquellas horas intempestivas debieron tomarla por sorpresa, y se dejó conducir con docilidad por las calles secundarias de Emerita Augusta que Aselo había escogido para pasar desapercibidos. Luego, cuando percibió el olor del campo le temblaron por un momento las orejitas y pareció que sonreía. Caballo tenía sus manías y sus preferencias, y entre ellas se encontraba el que no le gustaba la ciudad, ni caminar sobre sus adoquines.

—Bien, ¿y ahora qué? —preguntó Marco a su compañero, que cabalgaba a su lado, tan feliz como él.

—Ahora, vas a cobrar tu primera pieza de caza importante, amo, y o mucho me equivoco, o cuando se la llevemos a Cornelio y se la dejemos a los pies, comenzará a tratarte con otra consideración, y a mí, con cierto respeto. Siguen pensando que somos unos niños, y mientras nos comportemos como tales, no conseguiremos nada de lo que queremos.

Los dos chicos habían dado un estirón importante durante el invierno anterior y eran adolescentes estirados, altos para su edad, sobre todo Aselo, que había ganado también peso. Siempre había sido más robusto que Marco, pero ahora la diferencia aumentaba, porque Aselo dedicaba gran parte del día a trabajos manuales que requerían fuerza, mientras que Marco pasaba sus horas en el estudio. Con un poco de envidia, Marco aceptaba que muy pronto el esclavo le ganaría en todos sus juegos y deportes. Pero al menos, se consolaba, eran casi igual de altos.



Sin embargo, el que hubieran crecido físicamente no había significado absolutamente nada para quienes le rodeaban. Marco continuaba llevando al cuello la *bullā*, una joya hueca de plomo bañada en oro con amuletos en su interior que sus padres le habían colgado al poco de nacer. Era una joya muy bonita, pero también el símbolo de que aún era un niño, algo que no cambiaría hasta que su padrino, que era también su tutor, decidiera que había llegado a la edad de vestir la toga viril y convertirse, oficialmente, en un *adolescens*. Pero eso, en el mejor de los casos, no llegaría hasta los quince o dieciséis años, y eso si los informes de Cornelio eran positivos. Y ese tiempo le parecía a Marco una eternidad.

Todo lo que pensaba Marco, Asele lo adoptaba como propio en cuestión de segundos. Asele no lucía una *bullā* al cuello, sino el collar de esclavo que le habían impuesto cuando fue recogido y, por lo tanto, no sería nunca considerado un adulto, pero había decidido hacer cuanto estuviera en su mano para que su amo y amigo lo fuera. El cómo estaba a punto de explicárselo a Marco.